

## **TRATADO III Y MEDIO.**

COMO LÁZARO SE ASENTÓ CON UN ESCRITOR DE ÉXITO  
QUE ESTABA ESCRIBIENDO UNA NOVELA QUE QUERÍA  
TITULAR “EL QUIJOTE”.

**David García Rodiño**

Después de que el tercer amo huyese de mí, no sabía a dónde podía ir en busca de mi cuarto amo. Pedí ayuda a las mujercillas y ellas no supieron a quién encomendarme. Tras unos días por la ciudad en busca de un amo que fuese de agrado y pudiera mantenerme, pasé mucha hambre, porque no tenía la barriga muy llena y la gente no me quería dar limosna porque me veían en buenas condiciones.

Un buen día, una señora ya de edad me dio una limosna por ahorrarme un viaje desde el río a su casa, llevándole una jarra de las 2 que llenó. Con esa poca limosna y pasándome por un adulto viajante, me adentré en una posada por primera vez. La posada era de piedra por dentro y por fuera y tenía una barra desde la que el posadero servía el vino y las bebidas. El posadero era un señor con un buen barrigón, que estaba muy ebrio. A su lado estaba la posadera, una señora de muy buen ver, con un corsé apretado que le levantaba los pechos y a los consumidores los enfervorizaba. En medio de la posada había una mesa en la que estaba sentado un señor de unos 57 años que tenía puesto ropas caras. Él me miró y yo le miré, entonces me hizo un gesto con la cara como diciéndome que me acercase a él y me mandó sentarme a su lado derecho. Me preguntó qué hacía allí y yo no sabía si fiarme de él. Le dije que tenía sed y que era un humilde servidor que no tenía amo y él me mandó pedir algo de beber, que él me invitaría. Tras hablar con él y de contarle con algunas mentiras lo mejor que pude mi pasado, me dijo que él se haría cargo de mí y que yo sería su sirviente.

Después de beber el vino que había pedido y de mirar para la posadera un buen rato, el señor se presentó y me dijo su nombre, Don Miguel de Cervantes Saavedra, que era un escritor de éxito que ya había publicado una novela, "La Galatea". Me

encomendó mi primera orden, me mandó llevar su caballo al abrevadero que había frente a la posada para que bebiera y se preparara para un viaje hasta la casa de Don Miguel de Cervantes.

Una vez que los dos ya estábamos encima del caballo y de camino a su casa, empezó a preguntarme si me gustaban los libros. Yo no había leído ninguno, pero le dije que sí para satisfacerlo. Me empezó a hablar de un tal libro titulado “Entremés de los romances”, que trata de un labrador que pierde el juicio por su afición a los héroes del romancero. Me daba la impresión de que todo lo que me decía Don Miguel tenía el fin de transmitir que él, con el libro que estaba escribiendo, quería combatir el auge que habían alcanzado los libros de caballerías, satirizándolos con la historia de un hidalgo manchego que perdió la cabeza por leerlos. Para Don Miguel, el estilo de las novelas de caballerías era pésimo, y las historias que contaban eran disparatadas. Tras un aburrido viaje de aprendizaje sobre cultura y libros, llegamos por fin a casa de Don Miguel, en la que le esperaba una señora de 40 años que debía ser su mujer. A primera vista me pareció una buena señora, pero le hizo muchas preguntas a Don Miguel sobre mí y parecía que no quería sirvientes en casa. Don Miguel me dijo que fuese tras él y que no le hiciera mucho caso a su mujer, que se hacía llamar Dulcinea.

Don Miguel me llevó hasta una habitación tras recorrer un pasillo y subir las escaleras. Allí había muchas mesas de formas extrañas que yo no sabía para qué las usaba. Entonces me dijo que me sentara en una pequeña silla de madera y que no le molestara por el momento. No tardó mucho en decirme que fuera a buscarle un caldero de agua al río, que estaba un poco lejos de su casa.

Dulcinea me prestó el caldero, poniéndome una cara muy rara, y me dijo con voz desagradable: “No sé qué te traes entre manos, pero no me gusta tu presencia en mi casa, no entiendo por qué Miguel te trajo.” Yo, más o menos, ya sabía que era lo que le pasaba a esa mujer. Lo que le pasaba es que quería tener el poder absoluto sobre Don Miguel.

Cuando regresé con el cubo lleno de agua, lo dejé en la cocina y cogí un vaso que estaba allí preparado, lo llené de agua y se lo llevé a Don Miguel. Cuando estaba justo delante de la puerta, escuché dentro una especie de grito que le estaba dirigiendo Dulcinea a Don Miguel, para que ella fuese el centro de atención del protagonista de la obra, y que tenía que ser maravillosa, no una mujer de poca monta.

Dulcinea salió de la habitación y entonces yo entré, con toda educación, le puse el vaso de agua a su lado y él me lo agradeció. De un trago se lo bebió todo y me dijo que no fuese ahora a buscar otro, porque podría encontrarme con Dulcinea, que estaba algo enfadada conmigo sin motivo aparente y podría gritarme a mí también.

Las intenciones de Dulcinea era echarme de su casa para que ella pudiera manejar a Don Miguel como quisiera, y supe por qué Don Miguel iba a posadas tan a menudo. Don Miguel, en las posadas, se distraía y pensaba nuevas historias para poner en su libro, y se divertía un poco mirando para la posadera y tomando unos vinos.

Era ya la hora de comer cuando Don Miguel paró de escribir en una hoja y se levantó, diciendo que tenía hambre. Al llegar a la cocina se sentó y me explicó que allí era donde él se iba a

sentar siempre y las cosas que debía hacer todos los días en todas las comidas para que él estuviera a gusto.

Dulcinea nos puso la comida, no era mucha, pero como estaba acostumbrada a hacer comida para ellos dos y aún encima yo no le caía muy bien, me dio la impresión que para mí no hizo comida. Don Miguel me dijo que cogiera y comiera hasta hartarme, que tenía que reponer fuerzas, pero Dulcinea, con una voz sarcástica, le dijo a Don Miguel: “El chico está bien, es el primer día, tenemos que saber si nos va a ser fiel o no.” En ese momento noté como mi barriga pedía algo de comer, tras un par de días sin nada en el estómago. Dulcinea propuso que ella se encargaría de saber si era fiel o no, pero a mí esa idea no me gustó. Don Miguel me mandó con ella y él volvió a su extraña habitación a seguir escribiendo.

Dulcinea me llevó a casa de una amiga y me dijo que estuviera sentado en el salón mientras ella entraba en una habitación en la que le esperaba su amiga. Logré escuchar poco de lo que hablaron, pero una de las cosas que entendí fue que Dulcinea le preguntaba cómo deshacerse de mí y decirle a Don Miguel que no le fui fiel. Al escuchar la artimaña quise escapar, pero sabía que sería mucho peor para mí. No tardaron mucho en salir de la habitación y la amiga de Dulcinea se dirigió hacia un sirviente que estaba en la puerta, un hombre alto de unos 25 años, con un aspecto desaliñado y cuerpo de forzado. Parecía haber llevado muchos golpes en la cara, ya que la tenía muy dañada. El sirviente asintió con la cabeza y no dijo nada. La amiga de Dulcinea dijo: “Encargué unas telas. Mi sirviente irá a buscarlas, ya que quieres saber si tu sirviente es fiel, que vaya con el mío y que le ayude a traer las telas.”

Me parecía una misión muy fácil para comprobar si era fiel, así que ya sabía que algo no iba bien. El sirviente de la amiga de Dulcinea me dijo que lo siguiera. Lo seguí y fuimos atravesando la ciudad hasta llegar a un escampado donde no había nadie. Empecé a preocuparme y quería correr, pero él era más rápido y conocía mejor la ciudad que yo. El sirviente me miró a los ojos y dijo: “Mi dueña me mandó darte una paliza y dejarte tirado para que no volvieras a acercarte más allí, pero yo sé lo que es que te den una paliza, ya que mis padres me pegaban cuando era pequeño. Así que te propongo una cosa, yo te dejaré aquí, tú buscarás un nuevo dueño y te buscarás la vida. Si apareces por allí de nuevo, tendrás problemas de verdad, así que ahora es decisión tuya.”

Asentí con la cabeza y pensé para mí mismo que no valía la pena llevar golpes, ya que aparte de tener hambre también tendría dolor. El sirviente se fue andando y me dejó allí.

Sin saber qué hacer, estuve unos días, hasta semanas, por una parte de la ciudad que no conocía sin encontrar amo, así que empecé a buscar por dónde ir y cómo llegar hasta la casa de las mujercillas.

Alimentándome malamente con las pocas limosnas que ganaba ayudando a señoras mayores, logré encontrar la parte de la ciudad que yo conocía y me dirigí hacia la casa de las mujercillas. Al llegar allí les conté lo sucedido y ellas me dieron comida y me dijeron que me ayudarían a buscar un amo. Tras unos pocos días en sus casas, me mandaron a comprar de comer y, pasando por delante de una librería, vi un libro titulado “El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha” que tenía como autor a Don Miguel de Cervantes. Me sentí contento por saber

que Don Miguel había logrado escribir el libro del que tanto me habló.

Tras comprar la comida, volví a casa de las mujercillas y me recibieron con una sonrisa. Decían que tenían una buena noticia.